

Irak y Somalia y defender a un Imperio en proceso de descomposición, y todo esto con un gasto económico y humano relativamente bajo. El análisis del papel de Toussant Louverture en la Revolución haitiana (1791-1804) es abordado por Jonathan Bar Shuali y Antonio Jesús Pinto Tortosa. Se destaca cómo las victorias de Louverture, “inspiradas en el modelo militar consular, ensalzaron su liderazgo, haciendo sombra a Napoleón Bonaparte en el Caribe Francés”.

En el contexto de estos enfrentamientos asimétricos, se encuentra una amplia variedad de casos y prácticas, que es precisamente lo que este libro busca explorar. El debate existente en la actualidad en torno a la guerra irregular es enriquecedor, interdisciplinario y complejo, especialmente al considerar que el periodo seleccionado para este estudio abarca desde la Revolución haitiana (1791-1804) hasta la guerra en el norte de Corea contra la invasión japonesa (1920-1945) hasta la guerra de Ifni-Sáhara (1957-1958). En última instancia, esta obra se distingue por el rigor científico de sus autores y se presenta como fundamental para todos aquellos interesados en las guerras irregulares y en los fenómenos de insurgencia y contrainsurgencia.

**Rundell, David, *Vision or Mirage: Saudi Arabia at the Crossroads* [Visión o Espejismo: La encrucijada saudita], Tauris, 2021, 384 pp.**

Por Federico Vélez  
(American University of Kuwait)

Expertos en el Medio Oriente vaticinaron durante los alzamientos populares de principios de siglo, la mal llamada ‘Primavera Árabe,’ el ocaso y la inminente implosión de las monarquías del Golfo, y en especial el fin del régimen saudita. ¿Cómo podía sobrevivir a las demandas del siglo XXI una monarquía absolutista, marcadamente antidemocrática, apalancada por un establecimiento religioso ultraconservador a las demandas de transparencia e inclusión política que corría como lava volcánica por toda la región? A pesar de los vaticinios, pasó esa primavera, y otras muchas estaciones, y el régimen siguió firmemente anclado al poder.

David Rundell, un diplomático americano con décadas de experiencia en el país, nos explica en su libro, *Vision or Mirage: Saudi Arabia at the Crossroads* las razones por las cuales Abdulaziz Ibn Saud y sus hijos han podido gobernar su país ininterrumpidamente por ya casi un siglo, con un

alto grado de legitimidad política y efectividad administrativa. Esta nueva mirada es ya lectura obligada para aquellos interesados en la historia de la región durante el siglo XX, la política comparada, y las relaciones internacionales pues el autor tiene la capacidad de conjugar un pormenorizado recuento histórico, increíblemente bien documentado, con un análisis de los desafíos que para la estabilidad del régimen representan los cambios en el modelo de gobernanza a partir de la llegada del rey Salman en 2015.

Rundell afirma que la estabilidad política de Arabia Saudita es un caso *suis generis* en la región, cuyo éxito descansa en cuatro pilares fundamentales a los que dedica 16 de los 20 capítulos del libro. El primero de estos pilares es la legitimidad histórica del estado moderno cuyas raíces se remontan a treinta años de luchas militares, lanzadas a partir de 1902, en las que Abdulaziz Al Saud, el *pater familias* saudita, logra dominar una región hasta entonces caracterizada por la violencia inter tribal, la inseguridad en las rutas de comercio y en las ciudades, y el desgobierno. En muchos casos, la *pax saudita*, se sellaba con el matrimonio entre Abdulaziz, o sus hermanos, y una de las hijas del jeque de la tribu derrotada. Tras la alianza, los miembros de la tribu eran ahora ciudadanos del naciente estado, y la familia de su jeque parte integral de la familia Al-Saud. Abdulaziz impuso no sólo el orden entre las veinticinco tribus del país, sino también una ideología religiosa fundamentalista, conocida en occidente como el Wahabismo, enmarcando en un proyecto nacional, casi en su totalidad, el caleidoscopio de tribus y creencias de la península cuando las guerras de unificación llegaron a su fin en 1932.

El segundo pilar, afirma Rundell, es la efectividad en el manejo del proceso sucesorio. En una región donde los golpes palaciegos campeaban, el rey Abdulaziz Al Saud dejó todo preordenado para que el país no se desintegrara en luchas fratricidas tras su muerte. Sus hijos varones, treinta y cuatro le sobrevivieron, se sucederían por orden de primogenitura si estuviesen capacitados para el cargo, y así lo han hecho desde 1953, superando momentos de crisis tales como la declaratoria de incapacidad del rey Saud en 1964, o el asesinato del rey Faisal en 1975. El orden sucesorio ha garantizado el orden, la predictibilidad, y el compromiso de todos los hermanos de colaborar en la co-gobernabilidad fungiendo como ministros y gobernadores regionales.

Los Al Saud han construido un modelo de gobernanza basado en construcción de espacios de consulta y consensos entre el gobierno y diferentes grupos de interés que conforman la sociedad saudita (pp. 91-92). Rundell los divide en cinco grupos: las tribus, el clero, los comerciantes, los tecnócratas, y la familia real, y concluye que éste es el tercer pilar del éxito del régimen. Los diferentes gobiernos han sido muy cautelosos en evitar que ningún grupo se sienta marginalizado, o excluido, evitando que se acumulen demandas que puedan generar frustración con el gobierno, o se adopten políticas públicas que puedan beneficiar desmedidamente a un sector a costa de otro generando un rechazo violento. Entre el cambio, o el consenso, el gobierno ha sacrificado, por lo menos hasta el 2015, el primero en aras del segundo. Las élites de los grupos de interés gestionan las demandas sociales y las presentan a la administración y ellas a su vez son el vehículo a través del cual el gobierno se cerciora de distribuir la riqueza generada por el petróleo. Una relación simbiótica que da legitimidad al régimen.

La buena gobernanza es el cuarto y último pilar, a su vez basado en tres componentes. El primer componente de esa buena gobernanza es la seguridad interna. El gobierno ha garantizado la vida y la seguridad de sus ciudadanos imponiéndose tanto a los maleantes que aterrorizaban las caravanas y las ciudades a principios del siglo XX, como a la amenaza del islamismo radical de Al Qaeda en el siglo XXI. Conocedor de primera mano de la lucha en contra de Al Qaeda en la Península Arábiga, Rundell narra con detalle como el viceministro del Interior, Mohammed bin Naif, logró desarrollar una estrategia multifacética en contra de un Frankenstein, nacido de las entrañas del propio radicalismo religioso saudita (p. 173). Además de las derrotas militares, y un estricto control bancario que cerró su financiamiento, la derrota de Al Qaeda en la Península Arábiga se debió, explica Rundell, a una guerra psicológica y de relaciones públicas sin tregua. En vez de optar por una política de tierra arrasada, a la argelina, el gobierno optó por conquistar el apoyo popular, apoyando a las víctimas, y reeducando victimarios en una campaña que terminó granjeándose el apoyo de la población civil y el rechazo a los revolucionarios islamistas que, declarados apóstatas, enemigos del islam y de los ciudadanos sauditas, terminaron abandonando el país y reasentándose en Yemen.

Los Al Saud no sólo han garantizado la seguridad interna, también han conseguido que sus ciudadanos estén al margen de las guerras que han devastado la región, a excepción de dos intervenciones en Yemen en los años sesenta y en la segunda década de este siglo. Este segundo componente de la buena gobernanza, en gran medida, ha dependido también de forjar alianzas de mutuo beneficio con potencias extranjeras, primero con los ingleses, y luego con los americanos. En un principio, Abdulaziz recibió de los ingleses reconocimiento internacional y ayuda financiera a cambio de su no intervención en los asuntos del Golfo Pérsico. Los americanos llegaron en 1933, con una propuesta de exploración y producción de petróleo que el empobrecido Abdulaziz aceptó entusiasta como una forma de compensar las pérdidas sufridas por la caída en el número de peregrinos a la Meca tras la depresión de los años veinte. De este acuerdo nacería posteriormente Aramco, *Arabian American Oil Company*, la compañía de petróleos saudita que produce entre el 10 y el 12% de la producción mundial de petróleo. A los pocos años, americanos y sauditas habían forjado una sólida alianza. En ella, los Estados Unidos armaron el aparato militar saudita, y sirvieron de escudo militar en contra de los enemigos regionales de los Al Saud, y estos a su vez garantizaron el flujo de petróleo que permitió la recuperación económica de Europa occidental y Japón, y financiaron emblemáticas batallas de la Guerra Fría en contra de la Unión Soviética de Afganistán a Nicaragua (p. 206).

La probidad en el manejo de las rentas petroleras es el tercer componente de este pilar. A diferencia de muchos grandes exportadores de petróleo, Arabia Saudita no es una cleptocracia, (p. 294). Con las rentas del petróleo se ha podido montar el andamiaje de un estado bienestar sin precedente en la historia del país cuyo resultado ha sido un incremento espectacular en la calidad de vida, desde lo más básico como fue la llegada de agua potable y energía eléctrica a todos los rincones del país, además de la construcción de escuelas y hospitales, lo cual se refleja en un incremento en la esperanza de vida que paso de 39 años en 1950 a 75 años en este siglo.

Si bien el régimen saudita navegó con éxito las demandas de la 'primavera árabe' también es cierto que la frustración con la manera en que el estado estaba siendo administrado estaba creciendo y que era imperiosa la necesidad de abordar serias reformas políticas, económicas y

sociales. Estos cambios de la última década han sacudido los pilares que habían garantizado la estabilidad del régimen. En el orden político, la transferencia del poder que por décadas dio tanta certeza y seguridad institucional terminó en el 2015 con la llegada del rey Salman, quien entendió, nos explica Rundell, que el modelo sucesorio se había agotado. El primer cambio fue generacional, su hermano, el príncipe heredero Muqrin bin Abdulaziz, fue reemplazado por uno de sus sobrinos, Mohammed bin Naif bin Abdulaziz como Príncipe Heredero. Dos años después, el cambio fue de línea. Su hijo Mohammed bin Salman sería, a su muerte, el nuevo sucesor. El meteórico ascenso al poder de un joven de 29 años, conocido popularmente por sus siglas MBS, supuso un fuerte golpe a las élites de los diferentes grupos de interés. Miembros de la familia real con más antigüedad, y las mismas ambiciones de poder, tuvieron que aceptar el cambio, al que después se le sumó una reforma que limitó severamente las prebendas legales y económicas con cargo al erario público de cientos de príncipes a lo largo y ancho del país. Una decisión que disminuyó notablemente la base clientelar de muchos de sus miembros. “La gente se ha empezado a preguntar: ¿para qué ir al Majlis de un príncipe quien ya no puede ayudarme con la burocracia?” (p. 165).

Estas reformas políticas fueron el primer paso para una modernización social, económica y administrativa recogida en un ambicioso documento de amplia circulación llamado el plan Visión 2030. Sentar las bases de una administración centralizada, eficiente, e independiente de intereses particulares, sólo podía llevarse a cabo si se ponía fin a la distribución en feudos familiares de las entidades públicas, desde los ministerios más importantes hasta entidades locales, lo cual obviamente se prestaba para el abuso de poder y la corrupción. El arresto de los más altos miembros de la familia Al Saud, y de las élites militares y financieras en noviembre de 2017, en el lujoso hotel Ritz Carlton envió un claro mensaje a la nación del cambio de paradigma (pp. 296-300). Tras días de confinamiento, el gobierno logró recuperar cerca de mil millones de dólares, la mayoría en tierras improductivas que entregaba el estado para luego recomprar a altos precios. El episodio mandó un mensaje a toda la población, desde el ciudadano de a pie, ahora obligado a pagar más por servicios públicos que eran prácticamente gratuitos, hasta los grandes contratis-

tas; que el gobierno de los privilegios y el despilfarro había llegado a su fin.

Las élites Wahabitas no fueron públicamente cuestionadas, pero también tuvieron que pagar un alto precio en esta campaña modernizadora aceptando reformas sociales y culturales impuestas ahora de manera vertiginosa. A nivel social ha habido un cambio fundamental en relación con el rol de la mujer en la sociedad. El más evidente ha sido el fin de la tutoría legal que tenían los hombres sobre las mujeres sobre casi todas sus actuaciones públicas, la inclusión laboral, el levantamiento de la prohibición de conducir, o la posibilidad de asistir a estadios deportivos y conciertos. En el campo cultural, si bien es cierto que la ideología Wahabita sigue siendo una parte esencial en esta sociedad, también es cierto que las élites religiosas han tenido que aceptar las directrices reales que han puesto fin a una ortodoxia intolerante en asuntos religiosos. La policía para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio que patrullaba centros comerciales y cafés listos para castigar a quienes estuvieran infringiendo las normas de vestir, o los horarios para rezar, es cosa del pasado (p. 250).

‘Visión 2030,’ es la nueva hoja de ruta en el reino. Los cambios emprendidos por el rey Salman, y el príncipe heredero MBS, hace ya casi una década están transformando vertiginosamente el país en un estado más eficiente, y definitivamente más autocrático. Los antiguos canales de comunicación política han perdido toda efectividad, y han dado paso a un régimen donde tanto los críticos del gobierno, como quienes abogan por profundizar en las reformas, han terminado en las mismas cárceles. Sin embargo, los cambios, afirma Rundell, cuentan con un amplio apoyo popular, en especial en la franja de ciudadanos menores de 25 años que representan más del 50 por ciento de la población país (p. 87). Ellos son el núcleo del apoyo al rey y su hijo, convencidos de la urgencia y necesidad de transformar su entorno más que de la de preservar un estado y una sociedad que respondía a otro momento histórico. De que ‘Vision 2030’ sea un plan visionario, y no un espejismo, depende que Arabia siga siendo saudita.